

“Capitán y leguleyo en su conquista”

p. 43-50

El legalismo de Hernán Cortés como instrumento de su conquista

José Valero Silva

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1965

76 p.

(Cuadernos Serie Histórica 13)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de marzo de 2023

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/098/legalismo_hernan.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPITÁN Y LEGULEYO EN SU CONQUISTA

Hernán Cortés nunca dejaba de cumplir con la ley suprema, de que el capitán debía procurar sobre todas las cosas la salvación de su hueste. En este aspecto, hizo todo lo que creía procedente. Además, su acción tuvo el mérito de guardar y respetar las formalidades legales específicas en cada caso. Esta conducta valoró *su conquista*, y le permitió relacionar sus servicios para tener derecho a premios y gloria.

Con esta actitud, Cortés siempre luchaba contra la fortuna para hacer depender todo de su previsión, sin olvidar un solo detalle de las circunstancias que lo rodeaban. Solamente una vez en Tlaxcala, se vio obligado a soportar la presencia de la fortuna dentro de sus planes. Sin embargo, no dejó actuar a la fortuna con todos sus peligros, pues ligó y garantizó sus actos con la voluntad de Dios. Esta situación se debió a que los soldados, cansados y espantados por tantas guerras de día y de noche, requirieron a Cortés para que regresaran a Veracruz. Entonces él les supo argumentar:

Acordándome que siempre a los osados ayuda la fortuna, y que éramos cristianos, y confiando en la grandísima bondad y misericordia de Dios, que no permitiría que del todo pereciésemos y se perdiese tanta y tan noble tierra como para vuestra majestad estaba pacífica y en punto a se pacificar, me determiné de por ninguna manera bajar los puertos hacia la mar (124-125).

Cortés también sabía que la presencia de la fortuna le daba heroicidad a su papel:

Pospuesto todo trabajo y peligros... le dije que yo no había de desamparar esta tierra, porque en ello me parecía que demás de ser vergonzoso a mi persona y a todos muy peligroso a vuestra majestad hacíamos muy gran traición. (125)

Si bien es cierto que Cortés hizo *su conquista* en el nombre de Dios y del rey, también sabemos que ésta quedó perfectamente ambientada dentro del mercantilismo. Pero lo más sorprendente fue que dentro de este marco, así como dentro del espiritual y pragmático de sus *Relaciones*, procuraba al mismo tiempo, casi en forma simultánea, buscar su propia salvación. Entender los triunfos de Cortés por separado es de fácil comprensión; pero captarlo como hombre que quiso conseguir casi



todo al mismo tiempo, resulta sumamente difícil porque cada aspecto entre sí en cierto modo es contradictorio. De manera que en el laberinto de los grandes problemas, Hernán Cortés empezó a actuar con prudencia y cálculo, usando del legalismo y la formalidad, hasta que al fin pudo conseguir el vasallaje de los pueblos del Anáhuac.

La conducta de Cortés siguió el consejo, de sabor maquiavélico, de que no siempre es bueno cuando se quiere conservar el poder. El príncipe actuó con más facilidad, por su papel semidivino. Éste se lo brindaron las circunstancias como medio inespereado de conquista. También, su personalidad de embajador²⁷ de su majestad, le sirvió de argumento para entrar a la tierra descubierta, y para ser recibido por Moctezuma. Cuando el tlatoani le dijo a Cortés: “Veisme aquí que soy de carne y hueso como vos” (70); ya se había aprovechado de la primera impresión que les causó a los mexicanos. Y también ya había avasallado a Moctezuma. Con esto a todo con siguió la meta de sus cálculos. Más tarde, cuando dominó a la ciudad de México Tenochtitlan, acarició con sus manos la cúspide de la pirámide de la dominación indígena, y este triunfo le sirvió para perfeccionar la sumisión de aquel inimaginado mundo.

Lo primero que hizo Cortés en su calidad de capitán fue convertir a su guerra en justa. Por eso explicaba a los naturales, por medio de su lengua, que su “intención y voluntad” eran de no “hacerle mal ni daño alguno”, y que le hablaba para “amantar y atraer para que viniesen en conocimiento de nuestra santa fe católica, y para que fuesen vasallos de vuestras majestades y les sirviesen y obedeciesen” (20). A lo largo de su *conquista*, Hernán Cortés procuraba garantizar la seguridad con el objeto de que no se despoblase la tierra. Como en Yucatán, “halló a los indios pueblos de guerra” los requirió hasta *tres veces* ante un cacicabano para que viniesen de paz; pero como lo empezaron “a flechar”, Cortés en defensa y no *en ofensa*, “mandó soltar los tiros de artillería... y que arremetiesen a ellos” (24). Cuando Cortés vio que sus enemigos derrotados le “rogaron les perdonasen” (27), se los concedió con tal de que fueran vasallos, y quedaran obligados a lo que se les mandara, pues los quería “muy seguro y pacífico”. Es decir, siempre exigía *acatamiento* a cambio de *protección*. Es interesante obser-

²⁷ Véanse las páginas número 39, 46, 49, 53, 54.



var cómo Cortés hablaba de pacificación en *su conquista*, anticipando a la política de Felipe II. Así resultó ser el protector de todos los pueblos sujetos a México Tenochtitlan, cuando aquéllos dependían de Moctezuma, que le imponía u “fuerza y tiranía” y le sacrificaba a sus gentes. De este modo e desintegró el poderío mexicano en beneficio de la corona de España.

Hernán Cortés no sólo cuidaba y controlaba el campo enemigo, sino que hacía lo mismo en su propio “real”, donde procuraba lograr el orden y hacer imperar su mando y disciplina en todos los casos: daba licencia para “buscar de comer” (26),²⁸ ocurría y concedía descanso a los soldados, y ordenaba a todos estar “apercibido” y vigilantes. Por eso descubrió y castigó, “conforme a justicia”,²⁹ a Juan Escudero, Diego Cermeño, Gonzalo de Ungría y Alonso Peñate cuando se quisieron alzar a favor de Velázquez, y en perjuicio de sus majestades; claro que “después de que lo confesaron espontáneamente”. Así los juzgó Cortés, para garantizar la unidad de la hueste que peligraba frente al pueblo de México Tenochtitlan, lugar que se había propuesto ganar con las armas si fuese necesario.

Cuando Cortés supo de lo expedicionario de Francisco de Garay, gobernador de Jamaica y adelantado en Pánuco ofreció su ayuda por “si alguna necesidad trajesen” (46). De esta manera cumplía mejor y de más humilde forma como vasallo de su majestad. También ponderó en sus escritos la importancia de *su conquista*, y para ello hizo comparaciones de las ciudades que ganó, con las ciudades famosas de España. Sin embargo, siempre le daba ventaja a lo suyo, bajo cualquier circunstancia, para impresionar más y explicar mejor las cosas. Dijo que Tlaxcala era “muy mayor que Granada y muy más fuerte” (54); que Cholula era “la ciudad más hermosa de fuera que hay en España” (60). Después no habla “de la grandeza, extrañas y maravillosa cosa de esta ciudad de Temixtitán... no podré yo decir de cien parte una de las que dellas se podrían decir” (4); pues “tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca” (86), y una

²⁸ Durante el sitio de México Tenochtitlan, Cortés escribió: “Porque yo, en nombre de vuestra majestad, había hecho ciertas *Ordenanzas* para la buena orden y cosas tocante a la guerra, las cuales luego allí fice *pregonar* públicamente, y que también les rogaba que las guardasen y cumpliesen” (143) bajo juramento. E igualmente por “concierto y orden” mandé *pregonar* so pena de muerte, que ninguna persona sin mi *licencia* saliese de la dicha casa y aposentos” (4).

²⁹ No dijo Cortés qué castigo les impuso, porque quizá temió ser acusado de abuso de autoridad.



torre que “es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla”.³⁰ Cortés exhortaba a sus soldados diciéndoles que “estábamos en disposición de ganar para nuestra majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo”, a los que bautizó como Nueva España:

Por lo que yo he visto y comprendido acerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse Nueva España del mar Océano; y así, en nombre de vuestra majestad se le puso aqueste nombre. Humilmente suplico a vuestra alteza lo tenga por bien y mande que se nombre así (137).

De hecho, Hernán Cortés llamaba Nueva España a la tierra ganada, desde antes que le confirmaran su solicitud.

Cuando aún no estaban sometidos los tlaxcaltecas, Cortés ya estaba informado de quiénes eran y cómo pensaban: “muy capitales enemigos de Muctezuma” (46). De modo que desde Cempoala, sin saber cómo iba a lograrlo, contó con ellos para realizar *su conquista*, respetando su idea de que el capitán jamás debe dejar enemigo a la espalda: ya que “serían malos y me harían algún daño”. Más tarde Cortés hizo una importantísima certificación cuando se le enfrentaron los tlaxcaltecas, como a enemigos: “Les comencé a fazer mis *requerimientos* en forma, con las lenguas que conmigo llevaba, por *ante escribano*”, y a “*amonestar* y requerir con la paz” (48); pero “viendo que no aprovechaban *requerimientos* ni *protestaciones* comenzamos a *nos defender como podíamos*” y “fice mucho daño, sin recibir dellos ninguno más del trabajo y cansancio del pelear y la hambre” (49). ¡He aquí al capitán formalista y al leguleyo!

Hernán Cortés, con la ventaja de su semidivinidad, la de ser embajador, la de las armas que usó, la ventaja de que el indio procuraba aprehender a el enemigo para sacrificarlo en vez de matarlo en la lucha,³¹ la de los caballos,³² la de la táctica

³⁰ ¿La Giralda, o de otra torre que no es de la catedral, o de cuál iglesia? Todo lo dejó confuso a propósito.

³¹ Para esto se hacía la Guerra Florida.

³² “No teníamos, después de Dios, otra seguridad sino la de los caballos.”



occidental y la de otras muchas razones; al fin venció a los tlaxcaltecas: “Como traímos la bandera de la cruz, y puñalábamos por nuestra fe y por servicio de vuestra sacra majestad, en su muy real ventura nos dio Dios tanta victoria, que les matamos mucha gente, sin que los nuestros recibiesen daño” (49). Después Cortés, según su costumbre, los perdonó porque “ellos querían ser va allos de vuestra alteza y mis amigos y que bien vían que ellos tenían la culpa” (51). Como capitán destacó más su victoria, y logró mostrarse muy renacentista al cribar ansioso de gloria, que sus soldados por medio de “corrillo” le dijeron: “Que había sido Pedro Carbonero que los había metido donde nunca podrían salir” y “que era un loco”. Pero entonces Cortés les ofreció “Timixtitan” y fue por eso que siguieron adelante.

Depués de que Cortés había ganado la alianza indispensable, continuó su inmodificable camino siempre con el método de no dejar enemigo a la espalda. Al intentar pasar por Cholula, los tlaxcaltecas le avisaron de un probable ataque, y esta noticia le sirvió para cerciorarse de la parcialidad de los recientes nuevos aliados: “Yo les agradecí su aviso” (56). Fue entonces cuando con mucha cautela pidió a los cholultecas que lo vieran, para hacerles saber, con todos los requisitos formales, la causa de su venida, *apercibiéndolos* “con un mandamiento firmado de mi nombre y de un escribano”, que si no obedecían en el plazo de tres días, “iría sobre ellos y los destruiría y procedería contra ellos como contra personas rebeldes, y que no se quieren someter debajo del dominio de vuestra alteza” (57). Como según Cortés hubo engaño en los tratos, pues observó el “camino real cerrado... hoyos... calles... tapiadas, piedra en todas las azoteas” (58); y como doña Marina, por conducto de Jerónimo de Aguilar, le habló de una celada, fue por eso que sin temor moral ni material cometió la famosa matanza que según Las Casas, sólo llevó a cabo Cortés por un tiempo. Cortés simplemente trató de justificarse formalmente por este hecho, es decir, nada más procuró mostrar que como capitán, ante todo estaba obligado a conseguir la salvación de su tropa.

Según el hábito de Cortés, planteó la guerra con Cholula como justa, por haber mediado traición de parte de los indígenas que previamente se habían dado como vasallos de su majestad. Y no sólo eso, sino que después de perdonarles “el yerro”, los volvió a conseguir nuevamente como vasallos y decidió poblar la tierra “como si cosa alguna de lo pasado no hubiera acaecido” (59).



En el fondo, también la intención de Cortés fue mostrar a los indígenas de lo que era capaz de hacer con el que no lo obedeciera. El procedimiento lo usó como medio para llegar a México, y casi antes de culminar con su obra, ganó poco a poco a todos los pueblos sujetos a México-Tenochtitlan: a menor cantidad de vasallos de Moctezuma, mayor cantidad para su majestad.

La amistad de Cholula también la fue ventajosa a Cortés, pues esta ciudad al fin y al cabo era enemiga de los mexicanos en la Guerra Florida. Sin embargo, hay que decir, que si Cortés empezaba a captar este sistema de lucha ritual, por otra parte, no pudo entender la táctica de la dominación mexicana a base de guarniciones, y por ello titubeó mucho para creer en la lealtad que México-Tenochtitlan le ofrecía al principio. Es decir, Cortés tan sólo vio en las guarniciones mexicanas, que estaban localizadas en los puntos estratégicos de las tierras tributarias, a un conjunto de enemigos organizados e especialmente para atacarlo. A pesar de su fina observación, se sentía muy hostilizado por las guarniciones; por eso actuaba “con determinada voluntad”, con mucho rigor contra los naturales de los que iba a recibir mucho daño, y siempre partiendo de la desconfianza general. En esto en este punto, porque Cortés quiso apreciar en la guarnición de Moctezuma que estaba cerca de Cholula, un complot traicionero de parte de México-Tenochtitlan.

Las grandes pruebas jamás amedrentaban a Cortés; al contrario lo retaban. Por política de conquistador, no aparentaba miedo en las situaciones peligrosas; sino que actuaba con “recuerdo”, siempre estaba “alerta”, desplazaba “espías”, y cuidaba de las espaldas. Ya rumbo a México avanzó con decisión, pasó entre los volcanes, y al fin llegó al fuerte de Xoloco donde “nos salió a recibir aquel señor Moctezuma”. Cuando le prohibieron a Cortés que “lo tocara” (68), entonces confirmó que aquel personaje era casi una deidad, que por sí solo garantizaba la sumisión que se proponía conseguir. Igualmente observó que México-Tenochtitlan era “como cabeza de todo y a quien todos obedecían” (108). También de su llegada a la gran ciudad, puso atención en los puentes y las calzadas con sentido militar.

El incidente provocado por el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, que trabajó para evitar “daño y deservicio” (99) a los intereses de Dios y de su majestad; y el que se refiere a la intervención de Jarvárez en el territorio de la conquista de Cortés, en realidad carecen de importancia histórica. Sólo le sirvieron a Her-

nán Cortés para ganar más fama y mostrar más habilidad como capitán y político. Con legalismo y formalidades defendió “la tierra de vuestra majestad . . . poblada de vasallos” (100), y provista de Justicia y Cabildo. Respecto a Narváez, declaró que había derrotado al capitán de Diego Velázquez con su propio método de “viva quien vence” (100); porque así Dios lo había hecho y proveído, y porque “prendería o mataría, como extranjeros que se querían entremeter en los reinos y señoríos de *mi rey y señor*” (98), a cualquier extraño desleal.

En la entrevista de Cortés y Moctezuma, quedó clara la ventaja de la personalidad semidivina de los conquistadores-embajadores de un lejano emperador. Así se aprecia en la *Segunda relación de Cortés*, las palabras que puso en la boca de Moctezuma:

Por nuestra escrituras tenemos de nuestros antepasados noticia que yo ni todos los que está tierra habitamos no somos naturales della, sino extranjeros y venidos a ella de partes muy extrañas; e tenemos así mismo que a estas partes trajo nuestra generación *un señor*, cuyos vasallos todos eran, el cual se *volvió a su naturaleza*, y después tornó a venir dende mucho tiempo; y tanto, que ya estaban casados los que habían quedado con las mujeres naturales de la tierra, y tenían mucha generación y fechos pueblos donde vivían; e queriéndolos llevar consigo no quisieron ir, ni menos recibirle por señor; y así se volvió. E *siempre* hemos tenido que los que del descenden habían de *venir a sojuzgar* esta tierra y a nosotros como a sus vasallos . . . E según de la parte que *vos decís que venís*, que es a do sale el sol y las cosas que decís deste gran señor o rey que acá os envió creemos y tenemos por cierto el *ser nuestro señor natural*; en especial que nos decía que él a muchos días que tiene noticias de nosotros. E POR TANTO, VOS SED CIERTO QUE OS OBEDECEREMOS Y TERNEMOS POR SEÑOR EN LUGAR DE ESE GRAN SEÑOR QUE DECÍS, Y QUE EN ELLO NO HABÍA FAL⁹A NI ENGAÑO ALGU O: . . . DIGO QUE EN LA QUE YO EN MI SEÑORÍO POSEO . . . ES PARA LO QUE VOS DELLO QUISIÉREDES DISPONER (70).

De este modo, Hernán Cortés consiguió el vasallaje de Moctezuma a Carlos V, pasando todo ante la fe del escribano Pedro Fernández, que “lo asentó por auto en forma y yo lo pedí así por testimonio en presencia de muchos españoles” (82). Sólo dejó a Moctezuma ser príncipe, pero bajo la soberanía de su emperador Carlos V.

Todo lo que consiguió Cortés, después de lograr el vasallaje de Moctezuma, fue de menor importancia desde el aspecto histórico. Es decir, sin restarle mérito a sus diversos trabajos nota-



bles, éstos quedan en segundo término, si los comparamos con su triunfo sobre Moctezuma, pues con este hecho, a la luz de lo espiritual y lo político, el capitán español había consumado su obra conquistadora.

Cortés creyó triunfar como instrumento de la Providencia, y con conciencia histórica de su actuación; porque deseaba coas y actuaba con plena libertad mediata entre los reinos de Dios y del diablo, ha ta con eguir la finalidad única. Desde el aspecto material procedió, según su convicción, con la autoridad del Papa y la de los reyes de E paña.

A partir del vasallaje de Moctezuma, la nueva preocupación de Cortés se orientó a conservar lo ganado; pues e taba seguro que la conquista pacífica había concluído. Por e ta razón envió a sus capitanes y soldados a explorar; con el lienzo de tributos del tlatoani como su guía.